

¿Es de actualidad la biografía teológica de san Agustín?

En este artículo, quiero destacar la nota biográfico-antropológica de la teología agustiniana. Acaso sin proponérselo, Agustín, sobre todo en sus *Confesiones* (toda su obra es una confesión a Dios y a la Humanidad), alcanza la meta en esa suma de trasvases que van de Dios al hombre y del hombre a Dios, de la doctrina a la vida y de la vida a la doctrina, así como la armonía entre la teología pensada y sentida, sentida y pensada.

Luis Nos Muro*

EL nombre de san Agustín ha sonado casi hasta la saciedad en el «XX encuentro de obispos y teólogos», celebra-

NB. Siempre que cite la obra de san Agustín, según la edición de la BAC, indicaré el volumen por la numeración romana de la obra agustiniana, y no por la arábica de la biblioteca general de la BAC.

* Profesor en la Facultad de Teología. Universidad de Deusto.

do en Los Molinos, Madrid, durante los días 24 y 25 de septiembre de 1999. Ciertamente Agustín es un hombre excepcional: pensador, catequista, pastor y teólogo. Su personalidad es irreplicable, como acontece con la de todo ser humano, y su tiempo muy otro que el nuestro. Mientras el hijo de Patricio y de Mónica asiste a la agonía del Imperio Romano, al que el cristianismo oferta la vitalidad de Jesucristo, nuestro mundo del siglo XX, y ya XXI, goza de un gran vitalismo y, si no cansado ni de Jesucristo, ni de su Iglesia, ni de los Mediadores de las Religiones, acaso manifiesta una cierta fatiga contra ciertos sectores religiosos.

La teología de Agustín, al igual que su persona, son irrepitibles, pero siempre será docente su talante antropológico, existencial, didáctico, dialógico, ensayístico y biográfico.

No cabe duda que Agustín es maestro de la teología biográfica o, con más justicia, de la biografía teológica, ya que Dios y el Hombre o se encuentran en la persona humana o no lo hacen en ningún otro lugar. De ahí que la teología de Agustín constituya el cruce entre lo trascendente y lo inmanente, siendo el centro de esa simbiosis tanto el Verbo hecho Humanidad como la persona humana. Por eso, en sus homilias eucarísticas dirá a sus parroquianos: Cuando os acercáis a recibir los sagrados misterios, sabed que en el pan y en el vino recibís lo que sois y que sois lo que recibís. Y es que Agustín, desde que ha encontrado a Dios en la interioridad de su persona, no se relacionará con Él, ni lo enseñará a los demás, como Ser Absoluto y ajeno del ser humano y de toda la realidad, sino como Dios Fundamento de todo lo existente.

La Teología escrita durante siglos ha adolecido de asepsia. Ha sido una Teología muy pensada, pero acaso poco sentida. De ahí que teólogos como J. P. Jossua, J. B. Metz, M. D. Chenu y K. Rahner, representantes de la teología del siglo XX, hayan intentado volver a la teología que, partiendo de la Biblia, con Agustín como uno de sus mejores exponentes, ha llegado hasta nosotros de la mano de san Buenaventura, Pascal, Kierkegaard, A. Rosmini, J. H. Newman, Unamuno, Guardini, Bonhöffer, etc., regalándonos, a su vez, preciosos ensayos de Biografía Teológica.

Según las Ciencias Humanas, nuestras creaciones y actuaciones son tanto más auténticas cuanto más personales, pero, a la hora de la acción, muchos hombres y mujeres de hoy nos refugiamos en lo impersonal y aséptico, acaso por un complejo de falso pudor.

Para escribir Biografía Teológica, a ejemplo de Agustín o de Newman, se necesita saber mucha Escritura y Teología, así como la destreza estilística de un Isaías o, lo que es igual, mucha lectura de novela y poesía contempo-

ráneas, alternando con obras escogidas de la Patrística, juntamente con Ensayos de todo tipo. A este respecto, es significativo que Israel no haya admitido en el Instituto de los profetas a nadie que no fuera poeta. Esta conjunción no debieran olvidarla ni los escritores de Teología ni las Facultades de Teología, porque no es lo mismo ser teólogo que, como teólogo, estar, a su vez, en la cultura, a semejanza de Fray Luis de León, que lo estuvo, por igual, como literato y como teólogo.

Para una reconciliación con Agustín

COMO toda Historia, la de la Teología también está empedrada de cristalizaciones calumniosas que se van transmitiendo de generación en generación. Agustín fue calumniado en su tiempo y lo sigue siendo en el nuestro. Juan de Eclana, obispo heterodoxo, acusó a Agustín de haberse sacado de la manga el pecado original y, en consecuencia, de haber ensangrentado para siempre la conciencia de la cristiandad con ese trauma. En vano le replica Agustín que no ha «inventado el pecado original que la fe católica confiesa desde antiguo»..., y no sólo eso, sino que oyó hablar de ese problema a Ambrosio de Milán, transmisor de la doctrina de Ireneo de Lyon, Cipriano de Cartago, Reticio de Autún, Olimpio, Hilario de Poitiers, Inocencio Papa, Gregorio de Nacianzo, Basilio de Capadocia y 14 obispos orientales (1).

La Teología debe a Agustín la acuñación del término «original», aplicado a la desobediencia de Adán y Eva, pero no creo que sea vituperable tal aportación ya que, con anterioridad a Agustín, la teología católica llamaba pecado natural al original, cosa que, de haber sido así, caería por tierra la bondad del Dios de la Biblia, pues, en vez de haber creado bueno al ser humano, lo habría hecho, pudiendo lo contrario, mal, malo y pecador. De ahí la sagacidad de Agustín al decir: «Doy a este pecado el nombre de original, no el de natural, para mejor expresar que su origen es humano y no viene de Dios»... (2).

(1) El matrimonio y la concupiscencia, L. 2 XII, XII, 25; XXIX, 51. BAC. XXXV, Madrid, 1984, pp. 334. 372-373; Cf. Réplica a Juliano, L. 1. III, 5. 6. 7. 8. 9. 10; IV, 13; V, 15. 16. 19; VII, 29-35. BAC, XXXV, pp. 447-452. 456-457. 459-462. 465. 482-494; Réplica a Juliano (Obra inacabada), L. 1. 59. BAC, XXXVI, Madrid, 1985, p. 87.

(2) Réplica a Juliano (Obra inacabada), L. 5. 41. BAC, XXXVII, Madrid, 1985, pp. 313-314.

A pesar de estas precisiones de Agustín, Juan de Eclana sigue teniendo más crédito en nuestro tiempo que el mismo obispo de Hipona, puesto que Jürgen Moltmann (3) y Joseph Moingt (4) repiten, sin ningún rigor científico, que Agustín ha sido el inventor del pecado original.

La teología de Agustín puede gustar o disgustar, pero a la hora de actualizarla o de relegarla al olvido, si perjudicial es la mimesis sin discernimiento, la calumnia burda no es admisible en ningún sentido y menos en boca de teólogos.

Otra cosa muy distinta es qué entendió Agustín por pecado original, pero esto nos llevaría muy lejos. Con todo, y para iluminar esta página, quiero aducir un texto que no suelen frecuentar los teólogos que acusan a Agustín de haber entendido el pecado original únicamente en clave de concupiscencia y de sexualidad, olvidando que el africano, tanto en este asunto, como en otros muchos, no da una explicación única a un asunto escabroso, sino varias, lo cual acredita su talento. El texto en cuestión dice así: ... «en pena de su presunción (el ser humano) es precipitado de su *metacentro* (el subrayado es mío) al abismo»... (5).

Estas aclaraciones son del todo necesarias a la hora de reflexionar sobre la actualidad o inactualidad de la Biografía teológica de san Agustín.

Nueve calas en las «Confesiones» de Agustín

DESPUÉS de esta enfadosa Introducción, practiquemos algunos cortes en las «Confesiones» del santo.

Ruptura del techo de la Humanidad

CON las «Confesiones», el libro más difundido y leído con placer en tiempos de su autor (6), escrito a ruego de

(3) J. Moltmann, *La justicia crea futuro*, Sal Terrae, Santander, 1999, p. 65.

(4) J. Moingt, *La historia más bella de Dios*, Anagrama, Barcelona, 1998, pp. 153-154.

(5) *Tratado de la Santísima Trinidad*, XII, XI, 16. BAC, V. Madrid, 1968, p. 545.

(6) *El don de la perseverancia*, XX, 53. BAC, VI, Madrid, 1971, p. 574.

los cristianos, que manifestaban una curiosidad morbosa por saber quién había sido y es ahora su obispo, Agustín abre su corazón para que conozcan los suyos la andadura y vecindad de Dios en su persona, así como su lejanía de lo divino por culpa de su calamitosa historia personal.

Agustín sabe muy bien que lo importante es oír de Dios qué piensa de cada uno de los seres humanos, pero sus feligreses están ávidos por saber qué piensa Agustín de sí mismo, con preferencia a lo que Dios piensa de él y de ellos. Pero acaso por este rodeo oigan de Dios lo que piensa de cada uno de sus feligreses (7).

Con el libro de las «Confesiones», Agustín rompe el techo de la Humanidad, posibilitando las exploraciones futuras tanto en el alma individual como en la colectiva.

Según la cultura grecorromana, era de mala educación la apertura y escritura de la intimidad, máxime cuando se trataba de la sentina, siendo Agustín el primer desvergonzado de la Historia que tuvo la mala crianza de airear su vida en sus «Confesiones».

La Iglesia es la legítima comunidad de Jesucristo siempre que ejerce, entre otras funciones, su capacidad de Confesante y de Confesora. Confesante, en esta ocasión, no ha de entenderse en clave de fe nada más, sino, también, como capacidad de confesar su límite y pecado. La Iglesia, que ordena a sus ministros que oigan en confesión a sus hermanos y los reconcilien, se sabe pecadora. De ahí que cada vez que un cristiano confiesa su pecado y recibe el perdón de Jesucristo, es la Iglesia entera la que se confiesa y recibe el perdón con cada uno de sus hijos.

A este respecto, cito, aunque lo hago de memoria, a C. G. Jung, según el cual la Iglesia alcanza sus niveles más altos y bajos según sea la calidad o ineptitud de los ministros que se sientan en el Confesonario.

Glosando el pensamiento del psicólogo, también se puede decir que la Iglesia goza de salud y de credibilidad en la medida que confiesa sus culpas, como Iglesia, lo mismo que cuando pide perdón de sus pecados, también como Iglesia.

En este sentido, Agustín es modelo de confesante y de confesor, así como de apertura, tanto sacramental como extrasacramentalmente, ofreciendo una plataforma de confianza a quien se acerca a él, pues nadie más acogedor que quien, a su vez, es capaz de abrir su propia intimidad al otro, máxime cuando este otro se cree portador de secretos que lo encierran en sí y le obligan poco menos que a evitar el trato con la comunidad.

(7) *Confesiones*, X, III, 3. 4; IV, 5. 6. BAC, II, Madrid, 1974, pp. 391-393. 393-395.

Técnica redaccional

EN cuanto a las palabras de sus «Confesiones», el gran retórico que fue este santo Padre, dice que las ha usado en tono de susurro ante Dios, aunque clamantes en cuanto al afecto (8). Y, en verdad, en las «Confesiones» escuchamos el susurro de Dios al hombre Agustín y el susurro del hombre Agustín a Dios. Más aún, en las «Confesiones» escuchamos el ruido de la piqueta de Dios en la casa de Agustín, así como la piqueta de Agustín en la casa de Dios.

Autoevaluación de sus «Confesiones»

LOS críticos olvidan a veces que las claves para la evaluación de un autor se encuentran en su misma obra. ¿Qué dice Agustín de los móviles redaccionales de sus «Confesiones»? El autor de «La Ciudad de Dios» está disgustado de sí mismo y se lo confiesa a su Señor, pues en modo alguno desea juzgarse, cuanto ser oído por su Dios y Padre. Agustín, eso sí, se confiesa para conocerse, pero sabrá mucho más de sí cuando Dios transforme sus tinieblas en mediodía, y más aún cuando se conozca a sí mismo como Dios conoce a Agustín (9). Desea, también, que los hermanos sepan por el mismo Agustín qué y quién ha sido por lo que dice, y no por lo que digan de él (10).

Recuperación del tiempo perdido

SI de algo se confiesa el hijo de Mónica es de no haberse convertido antes a Dios. Ordinariamente, se asocia confesión con episodios pecaminosos, según una determinada moral. Agustín, en consonancia con la teología bíblica y judía, se arrepiente de no haberse convertido antes al Dios antiguo y siempre nuevo que sale a su encuentro. A este respecto, estremece oír a Agustín a qué edad perdió la fe y por qué causas: «Cuando apenas contaba yo nueve años, dejé la religión que en mi alma de niño habían depositado mis padres», a causa de que la fe cristiana me pare-

(8) *Confesiones*, X, II, 2, p. 391.

(9) *Ib.* X, II, 2; IV, 6; V, 7; I, 1. BAC, II, pp. 391. 395. 390.

(10) Carta 231, 6. BAC, XI. b. Madrid, 1972, p. 356.

cía «irracional», y porque los maniqueos me prometían «una fe libre» (11). Pero una vez recobrada la fe en el Dios de Jesucristo, todas las horas le parecerán pocas para recuperar el tiempo perdido.

Las credenciales de la fe de Agustín

LAS «Confesiones» de Agustín pueden leerse como un documento literario, pero no hay que olvidar que una de las claves para su comprensión arranca de la fe católica de su autor. En efecto, el mismo Agustín ha indicado que en sus «Confesiones» proclama su fe (12), una fe no basada en certezas, cuanto en credenciales que devienen en certezas para él. Esta precisión es de importancia suma y del todo necesaria en un planteamiento saludable de la fe. En el encuentro al que he aludido al inicio de estas páginas, Don Julián Marías dijo en su ponencia que la diferencia entre unos sacerdotes y otros radica en que los unos tienen más certezas en su fe que los otros, criterio que no encaja, según mi leal entender, con una sana teología. Certeza, lo que llamamos certeza, no hay ninguna en la fe, ya que, de ser así, dejaría de ser fe. Lo que hay en la fe son credenciales en las que nos apoyamos para creer. El Dios de Jesucristo y el Jesucristo de Dios merecen crédito a Agustín, lo mismo que a todo católico, y por eso nos aventuramos a creer. El gran Africano, en concreto, se animó a creer porque en Jesucristo vio la humildad de Dios y en Dios la humildad de su enviado.

El principio humildad

SEGÚN nuestro pensador, es hombre auténtico el que se confiesa (13), y sólo confiesa el hombre humilde. Ni epicúreos, ni estoicos, ni platónicos, ni maniqueos, hablan del principio humildad. Dicho principio, según Agustín, es rasgo distintivo del cristianismo, no para confusión, sino para sustentación, ya que el cristianismo enseña al ser humano lo pequeño que es ante Dios, pero, a su vez, lo pequeño que Dios se ha hecho en Jesucristo para vivir como hombre en medio de la humanidad (14). Agustín afirma que la humildad de Jesucristo le hizo volver al Dios

(11) *De la utilidad de creer*, I, 2. BAC, IV, Madrid, 1956, p. 831.

(12) *Confesiones*, XIII, XII, 13. BAC, II, p. 564.

(13) *Anotaciones al libro de Job*, 6. BAC, XXIX, Madrid, 1992, p. 29.

(14) *Enarraciones sobre los Salmos* 31, II, 18. BAC, XIX, Madrid, 1964, p. 410.

de sus padres. En consecuencia, un Dios pequeño no aplasta. Cuando Dios habla, no se estremece Agustín. Cuando habla Agustín, no se estremece Dios. Cuando Dios y Agustín dialogan, ambos se llenan de alegría.

Para contar las maravillas de Dios en él

DIOS ha roto las cadenas de Agustín, liberándolo de la asfixia, y Agustín quiere contar a sus hermanos cómo Dios ha roto sus ligaduras, el afecto que le provoca esta gesta de Dios, así como la alegría que sus lectores sentirán por Dios cuando tengan en sus manos el libro en el que cuenta todo esto (15). Agustín quiere transmitir a sus hermanos que Dios no sólo es el autor inicial de su persona, sino su rehacedor. Dios ha hecho al hombre, pero el hombre ha hecho de sí pecado. Ahora bien, en la medida en que el ser humano confiesa su pecado, Dios salva y restaura lo que hizo (16). Así pues, si Dios ha hecho tanto por Agustín, quiere dar testimonio de Dios no huyendo de Él, pues ha descubierto que el mejor modo de huir de Dios es ir hacia Él confesando, no ocultando. Después de su encuentro con Dios, Agustín ha aprendido, también, que no puede esconderse de Dios, pero sí esconder a Dios en él, para él y para los demás. De ahí que haya optado, a pesar de su inclinación por la vida retirada y dedicada a la contemplación y al estudio, por ser lo que Dios quiere de él: Predicador de su Palabra y Repartidor de los Sacramentos para el pueblo. Agustín sabe que es una hostia de Dios, eso es lo que Dios ha hecho de él, pero Agustín comprende que Dios es mejor hostia que él, y que es la Hostia de Dios la que debe repartir a sus hermanos en la Iglesia (17).

Los pecados confesados también alaban a Dios

AGUSTÍN concibe sus «Confesiones» como una oración personal a Dios y, a su vez, está convencido de que muchos orarán con él al leerlas y alabarán a Dios (18). Pero su sentido oracional y de

(15) *Confesiones*, VIII, I, 1; XI, I, 1. BAC, II, pp. 310. 464.

(16) *Tratados sobre el evangelio de san Juan*, XII, 13. BAC, XIII, Madrid, 1968, pp. 314-315.

(17) *Confesiones*, X, I, 2; XI, II, 2. BAC, II, pp. 390. 465.

(18) *Confesiones*, IX, XIII, 37; VIII, I, 1. BAC, II, pp. 3822. 310; Cf. Sermón 126, 3. BAC, VII, Madrid, 1964, p. 16; Sermón 66, 1. 2. BAC, X, Madrid, 1965, pp. 161-163.

alabanza no acaban ahí. Agustín se libera de la tristeza del pecado al confesarlo, pero añade inmediatamente que la confesión no sólo es de pecados, sino de alabanza, y que el pecado confesado también alaba a Dios. Este rico pensamiento lo acuña el obispo de Hipona porque, cada vez que pronuncia en sus homilías o se proclama en el ceremonial litúrgico la palabra «confesión», un rumor de golpes de pecho resuena por la basílica (19). Los golpes de pecho, en señal de arrepentimiento por el pecado, son muy buenos, pero aún son mejores si, al recibir el perdón de Dios, se alaba al Dios que perdona. En una palabra, que el pecado confesado y perdonado ora y alaba a Dios.

Para hablar de lo de Dios a los hermanos

AGUSTÍN es un converso de la Sagrada Escritura, por más que, a los inicios, la literatura de la Biblia le pareciera desdénable en comparación con la de Virgilio. Sin embargo, una vez convertido, dirá que no conoce otra literatura que le persuada a someterse a Dios mejor que la Epopeya judeocristiana y, en consecuencia, opta por servir la Palabra de Dios a sus hermanos, proclamando sus verdades nucleares, y distinguiendo lo verdadero de lo episódico. Y como Dios no ha hablado en vano ni por la Creación ni por la Biblia, Agustín está decidido a hablar de Dios, de lo de Dios, a sus hermanos, y lo de Dios es, fundamentalmente, el mensaje bíblico.

Los tres últimos libros de las «Confesiones» abundan en consideraciones sobre la Biblia, pero este criterio es extensible a casi toda la obra de Agustín, ya que, salvo algún que otro libro, Agustín concibe su obra en clave catequética. ¿Qué exégesis hizo de la Biblia? No entramos en este asunto, pero sí quiero decir que Agustín no amontona, sin ton ni son, los textos bíblicos en sus catequesis y sermones, como lo han hecho muchos predicadores y expositores, sino que difunde a sus feligreses toda una filosofía de la Biblia, una teología de la Biblia, y una Biografía de la Biblia, después de haber relecionado y meditado sobre ella (20).

* * *

(19) *Enarraciones sobre los Salmos* 137, 2; 141, 19; 144, 13. BAC, XXII, Madrid, 1967, pp. 554-555. 691. 758.

(20) *Confesiones*, XI, II, 3; XII, XXVI, 36; XII, XXX; XIII, XV, 17. 36. 38. BAC, II, pp. 465-466. 540. 547. 568. 586. 589.

De la actualidad o inactualidad de la Biografía Teológica de san Agustín, que juzgue el lector, así como de la posible subsanación de carencias actuales por el recurso a este hombre del Pueblo de Dios y de la Ciudad Universal, imitable por sus muchas cualidades, y que centro en los puntos siguientes:

1. Como profesor de Retórica, y hasta vendedor de palabras, según se moteja a sí mismo, este hombre estuvo hondamente preocupado por el lenguaje, aunque no en el sentido de la moderna investigación lingüística, ni del método histórico-crítico de nuestros días, sino como vehículo de comunicación. El lenguaje es uno de los grandes problemas de la Iglesia del momento presente, y la obra de Agustín puede enseñarnos mucho a este respecto.

2. El pensamiento religioso de Agustín está cobrado de su personal experiencia de fe y de oración. Y es que Agustín une filosofía y contemplación, contemplación y filosofía.

3. El pensamiento religioso de Agustín es, fundamentalmente, conversacional. Dialoga con Dios y con el Pueblo, pero con el Pueblo lo hace en una doble dirección: Al pronunciar el Sermón, examina si la asamblea entiende o no los contenidos, y no solamente eso, sino que, en muchas ocasiones, en vez de pronunciar el discurso tal y como lo ha preparado, se deja conducir por el Espíritu Santo en orden a comunicar al pueblo lo que en ese instante le inspira el Santo Abogado de Dios.

4. El pensamiento religioso de Agustín está construido desde la realidad, y sus mejores logros los ha extraído de la circunstancia vital en la que le ha tocado vivir. Sus sermones, sobre todo, contienen un arsenal de noticias para la historia religiosa y civil.

5. Finalmente, el pensamiento religioso de Agustín es aclerical. Todo lo ha pensado para el Pueblo, para ese Pueblo que le escucha, y que está compuesto de hombres y mujeres, monjas, frailes y curas, incluso de cristianos herejes, así como de hiponenses fieles al judaísmo o a la religión del Imperio. Esta nota la consigue hablando como obispo de la iglesia que preside, pero sintiéndose, en medio de sus feligreses, como un hermano necesitado de creer y de ser educado para ello. En una palabra, que Agustín se sermonea y catequiza a sí mismo mientras lo hace a sus hermanos.

De todos modos, y para terminar, quiero decir que la renovación de la Teología puede venir por la vuelta a la lectura de los Santos Padres. Es llamativo que tanto Newman como Max Thurian dieran el paso al catolicismo precisamente leyendo a los Padres y, como dicen ambos, porque se convencieron de que es Iglesia verdadera aquella que ha tenido los padres desde siempre. Sin embargo, no creo que algunas Facultades de Teología estén por esta labor.